

el doble medio imaginado para no ofender y exasperar á la Prusia, y para no herir el orgullo de Napoleón. La Inglaterra se prestaba á todo, con tal que la Rusia, comprometida por esta mediación, se viese definitivamente arrastrada á la guerra. Por lo que respecta al Austria, procurábase con toda malicia dejarla obscurecida, sin nombrarla siquiera, porque al menor viso de participación en aquella trama, Napoleón se echaría sobre ella antes que hubiese arbitrio de socorrerla; limitábase á disponerse con toda actividad, sin mezclarse para nada en las negociaciones. El mismo temperamento era preciso seguir con la corte de Nápoles, que era la primera que estaba expuesta á las iras de Napoleón, por cuanto el general Saint-Cyr ocupaba á Tarento con una división de quince ó diez y ocho mil franceses. Se había amonestado á la reina Carolina á que aceptase cuantos compromisos de neutralidad, y aún de alianza, quisiese Napoleón imponerle. Entretanto se irían transportando en buques paulatinamente tropas rusas que, atravesando los Dardanelos, fuesen á desembarcar á Corfú, donde se preparaba una división numerosa que debía reunirse en Nápoles en el momento oportuno, con un refuerzo de ingleses, albaneses y naturales de otras naciones. Entonces se debía arrojar la máscara y atacar á los franceses por la extremidad de la Península.

Al intentar una negociación previa con Napoleón, era menester que se le pudieran ofrecer condiciones por lo menos especiosas; pero esto no era posible á no mediar el ofrecimiento de que los ingleses evacuarían á Malta. El gabinete ruso había dejado á un lado toda la parte deslumbradora de su proyecto, como, por ejemplo, la reorganización de Italia y Alemania, la reconstitución de la Polonia, la redacción de un nuevo derecho marítimo. Si además concedía á los ingleses la isla de Malta, en vez de constituirse árbitro entre la Francia y la Inglaterra, ya venía á ser un mero agente de esta potencia, ó á lo sumo su aliado dócil y sumiso. Pero el gabinete ruso se mantuvo firme en exigir la evacuación de Malta, con una obstinación que era muy poco común, y cuando llegó el caso de firmar el tratado, mostró una resolución inexorable. Hasta aquí lord Gówer se había prestado á todo para comprometer á la Rusia en un concierto cualquiera con la Inglaterra; pero pedíasele ahora que abandonase una posición marítima de la mayor importancia, posición que era, si no la causa única, al menos la causa principal de la guerra, y no quería ceder. Juzgaba que sus instrucciones eran demasiado estrictas para poder seguir adelante, y se negó á firmar la evacuación de Malta. Iba, pues, á malograrse el proyecto; pero el emperador Alejandro se avino á firmar el convenio el 11 de abril, declarando que sólo le ratificaría cuando el gabinete inglés renunciase á la isla de Malta. Despachóse á Londres un correo portador del convenio, y se le entregó juntamente el documento con la condición aneja al mismo de la cual pendían las ratificaciones rusas.

Decidióse que sin pérdida de tiempo, para no desperdiciar la estación propia de las operaciones militares, se diese el paso convenido cerca del emperador de los franceses. Para este fin se echó mano del mismo personaje que había formado en Londres el primer nudo de esta tercera coalición, Mr. de Nowosiltzoff, y se le dió por adjunto el mismo presbítero Piatoli, autor del plan, ya tan desfigurado, de una reconstitución europea.

Mr. de Nowosiltzoff estaba lleno de satisfacción porque iba en breve á tratar en París con el grande hombre que hacía algunos años se atraía las miradas del mundo entero. Si á medida que el instante decisivo se acercaba, experimentaba el emperador Alejandro un deseo más vivo de que tuviese buen resultado aquella mediación previa, Nowosiltzoff por su parte no lo deseaba menos. Era joven y ambicioso, y miraba como una gloria extraordinaria, en primer lugar el tratar con Napoleón, en segundo lugar el ser el negociador que la pacificase de repente con su hábil intervención, en un momento en que la Europa parecía dispuesta á entrar en guerra. Siendo esto así, bien se podía contar con que por su parte no aumentaría las dificultades de la negociación. Después de largas deliberaciones, se concertaron las condiciones que debía presentar á Napoleón, y se resolvió que permaneciesen en el más escrupuloso secreto. Se le encargó que presentase hasta tres proyectos cada cual más ventajoso para la Francia que el anterior, pero con la recomendación de no pasar del uno al otro sino después de una gran resistencia.

La base de todos estos proyectos era la evacuación del Hannóver y de Nápoles, la independencia real y positiva de la Suiza y de la Holanda, en cambio de la evacuación de Malta por los ingleses y de la promesa de redactar más adelante un nuevo código de derecho marítimo. A nada de esto debía oponerse Napoleón con empeño. En efecto, en el caso de una paz estable y duradera, nada tenía que objetar á la evacuación del Hannóver, de Nápoles, de la Holanda, y de la misma Suiza, haciéndose esta última con la condición de mantener el acta de mediación. La verdadera dificultad era la Italia. La Rusia, precisada á renunciar á sus planes de reconstitución europea, había prometido, para el caso en que la guerra llegase á hacerse inevitable, una parte de la Italia al Austria, y otra al futuro reino del Piamonte. Ahora en la hipótesis de una mediación, parecía indispensable, so pena de que el negociador fuese despedido de París al día siguiente de su llegada, conceder á la Francia una parte de esa misma Italia. Así era menester para que la mediación pareciese formal, sobre todo á los ojos de la Prusia, y para que se pudiera inducir á comprometer á ésta con las apariencias de una negociación intentada de buena fe. He aquí, pues, los arreglos que debían sucesivamente proponerse. Se quería pedir primeramente la separación del Piamonte, reservándose el reconstituirlo en Estado independiente para una rama de la familia Bonaparte, y además el abandono del reino actual de Italia, destinado con Génova á la casa de Saboya. Parma y Plasencia se reservaban para otra dotación en favor de un príncipe de la familia de Bonaparte. Todo esto entraba sólo en la primera proposición; faltaban otras dos. Por la segunda, el Piamonte permanecería incorporado á la Francia; el reino de Italia, acrecentado con Génova, sería adjudicado, lo mismo que en el primer proyecto, á la casa de Saboya; Parma y Plasencia sería la única dotación de las ramas colaterales de la casa de Bonaparte. De esta proposición se pasaría por fin á la tercera, que sería la siguiente: continuando el Piamonte como provincia francesa, y adjudicado el reino actual de Italia á la familia de Bonaparte, la indemnización de la casa de Saboya quedaría reducida á Parma, Plasencia y Génova. El reino de

Etruria, asignado cuatro años antes á una rama española, permanecería tal como estaba.

Fuerza es reconocer que si á estas últimas condiciones se hubiera agregado la evacuación de Malta por los ingleses, Napoleón no hubiera tenido ninguna razón legítima para rehusar la paz, porque dichas condiciones eran las mismas de Luneville y de Amiéns, con más el Piamonte para la Francia. Limitándose en realidad el sacrificio que se le pedía á Parma y Plasencia, convertidas ya en propiedades francesas por la muerte del último duque, y á Génova hasta entonces independiente, bien podía acceder á aquel proyecto si por otra parte se respetaba su dignidad en la forma que se diese á las proposiciones.

Así todos los sueños de los amigos de Alejandro acababan de una manera asaz mezquina! Después de haber proyectado la reconstitución de la Europa por medio de una mediación poderosa; después de haber visto este proyecto de reconstitución convertido en Londres en proyecto de destrucción contra la Francia, atemorizada la Rusia de haberse adelantado tanto, reducía su decantada mediación á conseguir para la casa de Saboya los Estados de Parma y Plasencia, como indemnización, por cuanto la evacuación del Hannóver y de Nápoles, y la independencia de la Holanda y de la Suiza, que además pedía, eran cosas en que siempre había convenido Napoleón para cuando quedase la paz restablecida. En cambio, si ni siquiera lograba aquella pequeñez, se veía precisada á sostener una formidable guerra: tan angustiosa era la salida á que se veía condenada la Rusia por su ligera conducta.

Convínose además en que por mediación de una corte amiga se pedirían pasaportes para Mr. de Nowosiltzoff, y era forzoso elegir entre la Prusia y el Austria. Dirigirse al Austria era atraer sobre ella la penetrante mirada de Napoleón, y, como ya hemos dicho, lo que se quería era dejarla como olvidada para que tuviese tiempo de disponerse. La Prusia por el contrario se había ofrecido á ser medianera, circunstancia que naturalmente daba pie para servirse de ella á fin de conseguir los pasaportes para Mr. de Nowosiltzoff. Debía éste al mismo tiempo pasar por Berlín, ver al rey de Prusia, hacer con éste una nueva y última tentativa, comunicarle, á él solo y no á su gabinete, las moderadas condiciones propuestas á la Francia, y persuadirle de que si ésta rechazaba aquellos arreglos era porque tenía miras alarmantes sobre la Europa, miras inconciliables con la independencia de todos los Estados; en cuyo caso era un deber para el mundo entero el reunirse para marchar contra el enemigo común.

Salió, pues, Mr. de Nowosiltzoff para Berlín adonde llegó prontamente merced á la premura que tenía de empezar la negociación. Llevaba consigo al presbítero Piatoli, y se mostró afable, conciliador y escrupulosamente reservado. Desgraciadamente el rey de Prusia se hallaba ausente, y ocupado en recorrer sus provincias de Franconia: circunstancia desagradable porque se corría el peligro de que ó se negase la Inglaterra á lo de Malta, lo cual frustraría toda negociación, ó intentase Napoleón contra la Italia, donde en la actualidad se hallaba, alguna nueva empresa que arruinase desde luego los diversos proyectos de acomodamiento llevados á París. Era, por consiguiente, de suma importancia para

la paz la pronta llegada de Mr. de Nowosiltzoff á Francia. Por otra parte, los jóvenes que gobernaban el imperio ruso eran tan instables y versátiles en su propósito, que á su primer contacto con Napoleón podían adherirse á él seducidos, así como su trato con Mr. Pitt los había hecho desviarse tanto de su primer proyecto de regeneración europea. Había, pues, motivo para sentir mucho el tiempo que se iba á perder.

Supo el rey de Prusia que se le encargaba de que pidiese los pasaportes para el enviado ruso, y se holgó mucho de esta circunstancia y de las probabilidades que creyó entrever en ella para la paz. No sabía el pacífico Federico Guillermo que esta tentativa de acomodamiento ocultaba un proyecto de guerra más sazonado de lo que se le daba á entender, y más de lo que creían los mismos que con tanta ligereza se habían comprometido á sostenerla, y mandó á su gabinete pedir inmediatamente á Napoleón los pasaportes para Mr. de Nowosiltzoff. Para salvar la dificultad del reconocimiento del título imperial que llevaba Napoleón, debía éste abstenerse de tomar en París carácter alguno oficial; pero, al dirigirse á aquél, se proponía darle solamente el título de Majestad, y además tenía poderes corrientes y terminantes que debería presentar así que estuviere establecida la armonía, y que le autorizaban á prestarse inmediatamente al reconocimiento.

Mientras esto se trazaba en Europa contra Napoleón, él, rodeado de todas las magnificencias de la majestad italiana, abundaba en ideas enteramente opuestas á las de sus adversarios, aun los menos exagerados. El aspecto de aquella Italia, teatro de sus primeras victorias, objeto de toda su predilección, henchía su imaginación de designios nuevos sobre la grandeza de su imperio y el cimiento de su dinastía. Lejos de quererla compartir con ninguno, recreábase por el contrario el pensamiento de ocuparla toda entera, y de fundar en ella reinos vasallos que robusteciesen el nuevo imperio de Occidente. Los miembros de la Consulta italiana que habían presenciado la ceremonia de la institución del reino de Italia, acompañados del vicepresidente Melzi y del ministro Marescalchi, se habían adelantado para disponer su recibimiento en Milán. Aun cuando los italianos se juzgasen honrados con tenerle por rey, y su gobierno los tranquilizase más que otro alguno, sin embargo, la esperanza desvanecida, ó aplazada por lo menos, de una monarquía puramente italiana, el temor de una guerra con el Austria de resultas de este cambio, y la misma generalidad del título del rey de Italia, destinado á lisonjearles, pero también á intimidar á la Europa al mismo tiempo, les alarmaron sobremedida. Melzi y Marescalchi los encontraron más inquietos y menos propicios que antes de su partida. El partido liberal exagerado se iba esquivando cada día más, y el de la aristocracia no se mostraba más adicto. Sólo Napoleón podía variar este estado de cosas. El cardenal Caprara á su llegada había procurado inspirar al clero sus sentimientos de adhesión al emperador; Mr. de Segur, que acompañaba á Marescalchi, había escogido las damas y empleados de palacio entre las más ilustres familias italianas, á pesar de que algunos lo rehusaron en un principio. Pero los buenos oficio de Marescalchi y de varios miembros de la Consulta, unidos al movimiento general producido por las fiestas que se disponían, concluyeron por reducir á los recal-

citantes, hasta que finalmente la llegada de Napoleón los arrastró á todos. Su presencia como general había siempre excitado vivísimo interés entre los italianos; su presencia como emperador y rey debía interesarles todavía más; porque aquel prodigio de la fortuna á quien con tanto placer contemplaban, había tomado proporciones aun más gigantescas. Habíanse reunido en los campos de batalla de Marengo y de Castiglione soberbias tropas, que se disponían á ejecutar grandes maniobras representando acciones inmortales. Estaban convocados en Milán todos los ministros extranjeros, y la afluencia de los curiosos que habían acudido á París á ver la coronación se dirigía á la Lombardía. Comunicado el impulso, todos los corazones italianos se poseyeron de amor y de admiración hacia aquel hombre que tanto les había conmovido en los últimos nueve años. Siguiendo el ejemplo dado en las ciudades de Francia, las ciudades italianas formaron de lo más florido de su juventud guardias de honor para recibirle.

Llegando á Turín se encontró con Pío VII, y los dos se dieron la última cordial despedida. Recibió luego á sus nuevos súbditos con afabilidad suma, y empezó á tratar de sus intereses, distintos aún de los del resto del imperio francés, con aquella inteligente solicitud de que sabía hacer alarde cuando recorría sus pueblos. Reparó varios errores é injusticias de la administración, atendió á infinitas demandas, y para seducir á aquellas gentes desplegó todos los atractivos del poder supremo. En seguida empleó varios días en recorrer la plaza fuerte de Alejandría, que era su gran invención y la base de su dominación en Italia, y donde á la sazón se habían reunido millares de obreros. Finalmente, el día 5 de mayo, desde un elevado trono colocado en el centro de la llanura de Marengo, donde cinco años antes había conquistado la autoridad suprema, presencié las diversas maniobras que se habían dispuesto figurando aquella memorable batalla. Mandábanlas Lannes, Murat y Bessières; sólo faltaba allí Dessaix! Después colocó Napoleón la primera piedra de un monumento destinado á perpetuar la memoria de los valientes que en aquel campo de batalla habían sucumbido. De Alejandría se trasladó á Pavía, adonde habían acudido los magistrados de Milán para ofrecerles los homenajes de su nueva capital, y entró en esta última ciudad el 8 de mayo con campanas y salvas de cañón, entre las aclamaciones de un pueblo entusiasmado con su presencia. Acompañado por las autoridades italianas y el clero, pasó á tributar al Todopoderoso su acción de gracias á la antigua catedral lombarda, admirada por toda la Europa, y cuya obra debía recibir su conclusión de su munificencia. Los italianos, naturalmente sensibles más que ningún pueblo á todas las impresiones que salen de la esfera común, se interesan á veces por los mismos soberanos á quienes no aman, seducidos por el prestigio de los espectáculos grandes; imagínese, pues, qué sensación no experimentarían al contemplar á ese hombre cuyo engrandecimiento había empezado á su vista, á ese astro que podían con razón jactarse de haber sido los primeros en descubrir en el horizonte europeo!

En medio de todos aquellos triunfos de su grandeza recibió Napoleón la propuesta de admitir en París á Mr. de Nowosiltzoff. Prestóse muy de grado á recibir al ministro ruso, á escucharle y á tratar con él, bajo una

forma cualquiera, ya fuese ó no oficial, con tal que se hiciese formalmente, y siempre que al buscarle de aquella manera no se le exigiesen condescendencias parciales con la Inglaterra. Por lo tocante á las condiciones, diferían mucho de lo que querían los rusos, pero ignoraba sus ofrecimientos: solo veía que aquel paso se daba en términos convenientes y decorosos, por lo cual se guardó muy bien de contestar con una repulsa, y respondió que recibiría en París á Mr. de Nowosiltzoff hacia el mes de julio, pues sólo para entonces le permitirían sus proyectos marítimos hallarse de vuelta. Proponíase recibir en la época asignada á Mr. de Nowosiltzoff, y oírle si le juzgaba digno de alguna importancia, manteniéndose siempre á punto de interrumpir aquella entrevista diplomática para ir á cortar á Londres el nudo gordiano de todas las coaliciones.

Aunque ignorase el secreto de la que acababa de organizarse y estuviese muy distante de creerla tan adelantada como en realidad estaba, conocía por otra parte á fondo el carácter del emperador Alejandro y los impulsos irreflexivos que le arrastraban rápidamente hacia la política inglesa, y al remitir á la Prusia los pasaportes de Mr. de Nowosiltzoff hizo comunicar á esta corte las siguientes observaciones:

«El emperador, decía el ministro de Negocios extranjeros á Mr. de Laforest, después de haber leído su despacho de usted se ha convencido plenamente de la razón que tenía para manifestar en su carta al rey de Prusia algunos recelos, y todo cuanto á S. M. atañe del lenguaje que usan los ministros británicos contribuye á mantenerle en este estado de desconfianza. El emperador Alejandro se ve arrastrado á su pesar, sin conocer que el gabinete inglés, al ofrecerle el papel de mediador, se propone ligar los intereses de la Rusia á los de la Inglaterra, é inducirle á tomar algún día las armas para sostener una causa que acabará por interesarle á él solo.

»No bien adquirió el emperador Napoleón, por la experiencia de los negocios, los datos precisos sobre el carácter del emperador Alejandro, conoció que este príncipe había de verse algún día comprometido en los intereses de la Inglaterra, la cual tiene medios de sobra para granjearse una corte tan corrompida como la de San Petersburgo.

»Aunque esta perspectiva era para Napoleón inevitable, sin embargo la ha considerado con toda serenidad y ha tratado de evitarla por cuantos medios estaban á su alcance. Además del alistamiento de este año, acaba de hacer un llamamiento utilizando las reservas de los años XI y XII, y de aumentar quince mil hombres al alistamiento del año XIII.

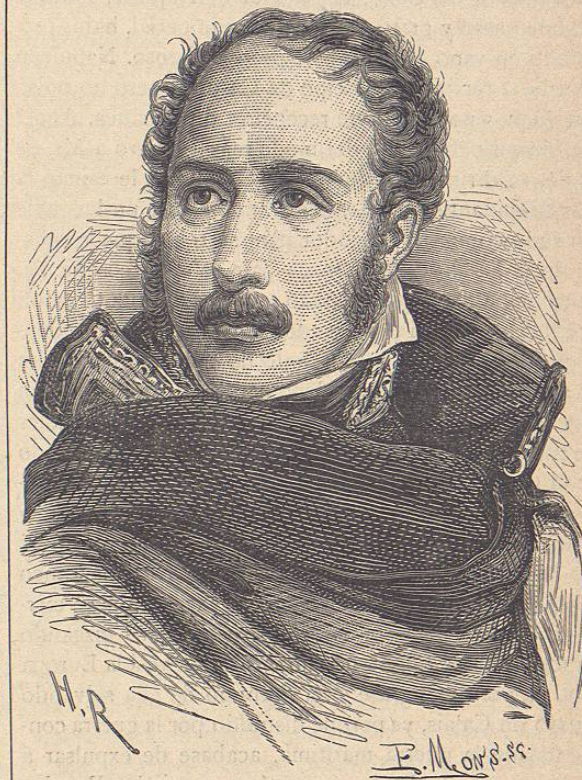
»Si Mr. de Nowosiltzoff llega á pronunciar la más leve amenaza ó insulto, ó hace alguna alusión á tratados hipotéticos con la Inglaterra, no volverá á ser oído... Si la Rusia, ó cualquier otra potencia del continente, quiere intervenir en los negocios actuales gravando por igual á la Francia y á la Inglaterra, el emperador lo consentirá de grado, y hará gustoso cualesquiera sacrificios. La Inglaterra por su parte deberá hacerlos equivalentes; pero si por el contrario sólo se le impulsieran á la Francia, en este caso, cualquiera que fuese la unión de las potencias, el emperador se valdría de su justicia, de su genio y de sus ejércitos.» (Milán, 15 pradiel del año XIII —4 de junio de 1805.)

El 26 de mayo fué consagrado Napoleón en la catedral de Milán con la misma pompa que en París seis meses antes, en presencia de los ministros de Europa y de los diputados de toda la Italia. Para esta ceremonia se sacó de Monza donde se halla cuidadosamente custodiada, la corona de hierro que se supone ser la antigua corona de los reyes lombardos. Después que el cardenal Caprara, arzobispo de Milán, la bendijo con todas las formalidades usadas en otro tiempo con los emperadores germánicos al coronarse reyes de Italia, el mismo Napoleón se la puso en la cabeza, como se había puesto la de emperador de los franceses, pronunciando en italiano las palabras sacramentales: *Dios me la da, ¡ay de quien la toque!* (Dio me l'ha data, ¡guai a chi la toccherà!) Al decir esto todos los asistentes se conmovieron con la energía significativa de su acento. Esta solemnidad, dispuesta por los naturales, y principalmente por el célebre pintor Appiani, excedió en magnificencia á cuanto se había visto hasta entonces en Italia.

Concluía esta ceremonia, promulgó Napoleón el estatuto orgánico en cuya virtud fundaba en Italia una monarquía á imitación de la francesa, nombrando virrey de ella á Eugenio Beauharnais. Presentó después este joven príncipe al pueblo italiano en una sesión regia que celebró en el cuerpo legislativo, é invirtió todo el mes de junio en presidir el Consejo de Estado, y en comunicar á la administración de la Italia el impulso que había dado á la de Francia, ocupándose diariamente en el pormenor de los negocios.

Los italianos, que para estar contentos sólo pedían un gobierno que con ellos permaneciese, se veían actualmente con uno que á su valor positivo reunía una magia prodigiosa en su apariencia. Esta circunstancia hacía que, olvidando sus quejas y sus antipatías hacia los extranjeros, grandes y pequeños acudiesen todos en torno del nuevo monarca. La presencia de Napoleón, realizada con los formidables ejércitos que organizaba, y que completaba para cualquier suceso imprevisto, dissipó el temor de la guerra. Empezaban los italianos á creer que no volvería ésta á yermar su hermoso suelo, aunque se encendiese nuevamente, y que sólo percibirían de ella el rumor, ya devastase las orillas del Danubio, ya se extendiese á las mismas puertas de Viena. Pasaba Napoleón todos los domingos grandes revistas de tropas en Milán; volvía luego á su palacio; y admitía en pública audiencia á los embajadores de todas las cortes de Europa, á los extranjeros de más distinción, y principalmente á los representantes de las familias ilustres italianas y del clero; y en una de estas recepciones se verificó el acto de canjear las insignias de la Legión de Honor con las de las órdenes más antiguas y estimadas de Europa. El primero que se presentó fué el ministro de Prusia, para entregarle el Aguila Negra y el Aguila Roja; llegó después el embajador de España, que puso en sus manos el Toisón de Oro, y por último los ministros de Baviera y de Portugal, que le entregaron las órdenes de San Humberto y de Cristo. Dióles Napoleón en cambio el gran cordón de la Legión de Honor, y concedió un número de condecoraciones igual al que recibía; después distribuyó las condecoraciones extranjeras entre los principales personajes del imperio. En unos cuantos meses puso su corte en el mismo pie que todas las demás de Europa; llegó á llevar las mis-

mas insignias, con ricos uniformes por el estilo del traje militar. Napoleón en medio de tanta magnificencia, conservó la sencillez en su vestir, y la única condecoración que se puso al pecho fué la placa de la Legión de Honor sobre la casaca de cazadores de la guardia, limpia de todo bordado de oro; este uniforme y un sombrero negro sin más adorno que la escarapela tricolor, completaban su traje, para dar á entender que no se había hecho para él el lujo de que vivía rodeado. Su noble y hermoso semblante, á cuyo alrededor juntaba tantos gloriosos trofeos la imaginación de los hombres, era lo úni-



Eugenio Beauharnais

co que mostraba de grado á la impaciente curiosidad de los pueblos. Sin embargo, sólo su persona atraía las miradas, sólo él excitaba una sensación profunda entre aquella numerosa comitiva cuajada de oro y de colores de toda la Europa.

Enviáronle diputaciones las diversas ciudades de Italia para tener el honor de albergarle en sus muros. No era esto para ellas un honor solamente, sino también una merced que ambicionaban, por cuanto no había población donde su penetrante mirada no descubriese algún beneficio que dispensar, y su mano poderosa no encontrase el modo de facilitarlo. Resuelto á pasar la primavera y la mitad del estío en Italia, para distraer mejor la atención de los ingleses del campamento de Boloña, prometió visitar á Mantua, Bérgamo, Verona, Boloña, Módena y Plasencia. Esta noticia colmó de júbilo á los italianos, y les hizo concebir esperanzas de que todos participarían de los beneficios de aquel nuevo reinado.

Su permanencia en tan hermoso país produjo en él en breve las peligrosas excitaciones que tanto eran de temer para la conservación de la paz general. Ya empezaba á encolerizarse contra la corte de Nápoles por-